

¡Yo soy de Calle Arriba: Soy ANTERITO LEREN!

Presentación:

El autor duda al presentar a su personaje si preludiar en su silbo el aire melancólico, elegante y severo, con que principia la «ezku-dantza» o, por el contrario, sin enojosas esperas verlo aparecer de sopetón, rasgada la bambalina del fondo, en el centro del tablado, de un gran salto a lo Nijinsky, chorreante de colorines y cascabeles, bailando un «ariñ-ariñ» con piruetas difíciles y saltos prodigiosos para terminar, trenzadas las piernas en graciosa reverencia, en un «aquí estoy yo» de bufón alegre—.

—En su espíritu como en su vida se mezclan e infunden, sosteniéndose uno a otro, el pesimismo de un insatisfecho, la jocosidad despreocupada del epicúreo y, a veces— muchas—, la impiedad de un sarcasmo sin ponzona pero impío, impío, impío.— hombre generoso, efusivo, lleva a la ilusión prendida como una antorcha en el pecho y ofrece su adhesión, su comprensión, su súbito entusiasmo a cualquier jirón de Ideal aunque los espectros de la Duda enturbien su Alma y una sonrisa más volteriana que giocondesca vague, gélida, por sus labios—.

—Es el tipo del vasco insaciable, de instintos finos, certeros, penetrantes capaz de todas las Curiosidades y de seguir las con impávido ardor hasta el fin en solicitudes febriles, como Gothe, de Luz, Luz y Luz. — Su humor unas veces le salva, otras le deprime —su humor le permite reírse de sí mismo, de los propósitos y fórmulas de la Sociedad con su mezquina e irritante «tabla de valores», y de las supuestas intenciones de la Naturaleza, y ríe, entonces, con risa rabelesiana... su humor se hace acre, amargo, desesperado e iracundo cuando, al serenarse, torna la mirada sobre sí y contempla su hermético individualismo, viviendo al margen de los sucesos, como si estos ocurriesen a su lado y sin verse envuelto en la severa toga de responsabilidad Ciudadana—.

Es de la gran familia de los «Chapelaundis» del Bidasoa y cuando el bachiller Juan de Itzea convoca a academia en Cheribustango-errecá allá va Anterito con su boina amplia, calada y en punta, llevando la representación del río Oyarzun, y la «visión clara de la objetividad de las cosas» como dice él... allí se junta con Lecochandegui el jovial, con Chistornius, con Shudurrus, Pontzius y otros epicúreos como él y planean, entre trago y trago de «thantha», una República del Bidasoa sin moscas ni carabineros... a la vuelta la visión de las cosas, lo reconoce él mismo, ya no suele ser tan clara—.

—Ha recorrido todos los caminos de la Cultura y no ha logrado una técnica... ésta, aún para los de especial aptitud, requiere el esfuerzo diario, la Santa Continuidad, el constante y duro oficio y él es un diletante, un divagador, un fracasado... por eso él insiste a los jóvenes y les incita a apo-

yarse para la vida en la Técnica, en el Estudio, en la Artesanía, sin estancarse en la Especialidad ni diluirse en la vaga Enciclopedia... cuando está aquí en el pueblo vive en su caserón, cuida de su jardín y de sus rododendros y lee con preferencia libros viejos de el Arcipreste Uita, de Gonzalo de Berceo, de el autor de la Celestina, y, de los de ahora, a Kierkegaard, Baroja y Unamuno... yo soy su amigo inseparable, casi su sombra, y solemos salir de paseo camino adelante del Cementerio y en la serenidad de los crepúsculos violetas nos paramos en algún altito y contemplamos las torres blancas y las techumbres azules de las sepulturas, los montes de amatista de Oyarzun y nuestro bien amado y

ascético Jaizquibel hasta que topamos con alguna buena sidra que «chimf partea» nuestro humor y brinca la carcajada en la garganta, la mano está pronta en el chicoleo y los ojos brillan como luciérnagas de cálida noche... al retirarnos de madrugada y al pie de su «atalaya» que, en las noches de luna, adquiere un bravo aire de fuerza, se desabrocha el alma y me cuenta a esas horas le da por esto— detalles e ingenuidades de sus triunfos y fracasos de amor...

—Anterito está joven, aún, para sus 45 años... alto, de buen porte, sus facciones algo borrosas y sin energía le prestan un aire concentrado, hurraño, «sin luz» y sin ese fluído simpático que acorta las distancias e invita a la cordialidad... a veces su mirada tiene tal clara serenidad que recuerda la pureza de un niño... cuando le da por lo picaresco y alegre se vuelve tan atrevida e insistente, que se diría la de un miopé si no supiésemos que es la de un audaz... en toda mujer bonita hay para el un «caso» de mutuo interés... y si no se decide, en la lucha, por el desprecio, se anticipa, cuando menos, con unos cómicos juegos de fingida indiferencia... ahora que lo que más le cuesta en los triunfos es mantener la «tensión»;— y es que en

el fondo de toda victoria siente un resquemor de angustiosa repulsión como si todo ello no fuese más que una impúdica ufania de gallo vocinglero.

* * *

Diálogo:

Anterito ha bajado la cuesta de su calle, se ha detenido un momento contemplando el color de miel del resol de los muros de la iglesia y ha llegado hasta nosotros que, de pie, en una esquina estratégica, presenciamos el desfile de las jóvenes. son las 7 de la tarde: algunas chicas, cogidas del brazo, en grupo numeroso, algazaran la rúa con sus risas... otras, más recatadas, van de dos en dos, casi juntas las cabezas, diciéndose sus secretos, y una, solitaria, de luto, espera enfrente nuestro, mira a todas partes y, al fin, al suelo... y sigue esperando... un trío de melenitas pasa y repasa empeñado en demostrarnos que carecemos en absoluto de existencia y es tanto el encono de su empeño que nos hace



sonreír acordándonos de las pretendidas armas de nuestro amigo.—y como perlas al azar discurren: un fino dibujo, unos senos pimpantes, una carita morenucha de virgen de retablo, unas «niñas» del claro Sunyer, un paje de Corte Real, unas Carmiñas con mantilla y en el tranvía una opulencia rubia:

—No le da a usted tristeza, Anterito, que ya todas estas chicas no nos desean, sino que nos miran sin rubor y se rien?

—No.—en mi adolescencia ésta salud y alegría me desesperaban.—yo y sólo yo hubiera querido ser el *todo* para ellas, y el ver que solo producía una impresión ligera y corriente me torturaba.—ahora no.—no les doy importancia y consigo interesarlas ..

—Se hace usted ilusiones.—hoy el hombre fuerte y guapo es el que priva.

—Sí, pero de manera distinta.—antes ser fuerte, bien plantado, guapo, era ser algo y tenía que demostrarlo en los lances donde el misterio y la fantasía reinaban: un balcón iluminado, unas sombras indecisas tras la celosía, rincones desiertos, oscuros, sin ésta luz antipática de las bombillas, aquéllos agujeros de la calle del Medio dónde escondidos se acechaba el paso de las fabricantas...

—Es verdad: hoy el amor va por otros derroteros.—lo moderno, lo europeo es amar sin otra importancia mayor, como otra función natural cualquiera y a la poesía si es que ya no está del todo agotada, buscarla otros cauces.

—A mí ésto me es muy desagradable.—si a la mujer le quita usted el misterio ¿qué le queda?—y pretender llevar al Amor solo por un cauce científico es un absurdo.—mucha libertad, mucha facilidad y publicidad, mucha naturalidad en el amor moderno, y en el fondo y en la superficie y en todo lo que hay es un afán estúpido de lucir, de brillar, de «epatar» con un desecor repugnante y con un sensual materialismo de burdel.—a mí que me den el amor a la antigua, con un recuerdo, con una emoción que me purifique, con una fidelidad lúcida y digna.—yo estoy contento porque he hallado en mí, siempre, a éste fondo romántico.

—Es usted un africano Anterito.—así que para usted a la mujer hay que seguir dorándola, velando sus instintos y preparándola con el membrillo casero y monjil para que resulte una buena Madre.

—Ah! claro que sí: la Mujer-Madre y sólo Madre.

—Es usted un atrasado, un estancado, un hombre pasado de moda.

—Sí: ¡Yo soy de calle Arriba!

Una, sólo una, «aisebolada» de Anterito berén

¡Quién pudiera volver a ver a nuestro Ayuntamiento salir de aquéllas Misas Mayores del día de la Magdalena!—¡Oh! empaque de la levita, prestigio de la chistera y notas purísimas en el silbo del Tamborilero Mayor!—entonces había conjunto y lúcida dignidad en el porte.—hoy se ve que el arte huye de la democracia.—el arte de lo popular lleva consigo mezclas turbias de condescendencias que lo apartan del Gusto. ¡Lástima!—de aquélla noble austeridad de Estilo en el Cuerpo de ayer a ésta de hoy, confusión, abigarramiento de chaquetas, bofnas, flexibles bimbas...

(Anterito con su humor de barraca de feria ha solido decir: Ahí viene el Alcalde con bimba ¡¡Bimba, Bimba el Alcalde!!)

El Río Oyarzun:

«Lieder» silbado en el flautín báquico de Anterito apoyado en la baranda de un puente:

«Yo soy un río humilde y del que todo el mundo se aprovecha —no hago mucho caso de ello y callando, callando, como un voluptuoso un tanto sabio, hago de las mñas y sigo adelante.—me gusta sentir el contacto sensual de las lavanderas, de Alcibar y Comporta, oír los gritos salvajes de estos faunos vascos que bajan de romerías confundidos con las «neskatillas» y cruzan mis puentes en alegre algarabía.—me recrea recoger en las noches claras la dulce luz de las miradas de los enamorados tendidos a mis flancos, y me divierto y me río cuando galopo en torrentera sucia, violenta

y crispada, y salto y arrastro cuanto sale a mi paso y me inundo y me derramo, causo un cómito pánico en las masas (¡Soy un viejo socarrón!) y veo a las Autoridades metidos en mí hasta la cintura.

—Estoy orgulloso de mi origen y de mi estirpe—broto de uno de los más bellos montes del País, de las Peñas de Aya, y mi raza como mi historia se hermanan en el Bidasoa el río de nuestras Libertades.—recibo el ímpetu vital y pronto soy la cinta azul que fluye dulcemente en el fondo del paisaje maravilloso abierto, para regalo de los Sentidos, en abanico de fragancias y colores fantásticos.—sigo mi melodía suave cantando, ledo, bajo los arcos de mis puentes y, de vez en cuando, y para sosiego, me remanso entre álamos altos y mi espejo refresca las cándidas, translúcidas carnes de los impúberes y, en el silencio de la noche, la bruñida tersura de mi azogue queda salpicada de una lluvia de estrellas.—si me presan y hacen saltar me despeno en blancas espumas sonoras que llenan mi vega de rumores y misterios y son, en el estío, como un violoncello de sedas y rasos rujientes que riman con los arpeggios de violín del ruseñor en la enramada.

—A veces me siento caprichoso y femenino y trazo urvas graciosas como el desnudo cuerpo de una dama bella ante el espejo y, en el encanto de mi línea mórbida, me pasiono y enamoro y, al llegar al dorado bosque de Larzáal, lo siento tan joven, tan tierno, tan fresco que me enlazo a su cintura, lo aprieto con «amore» y al verlo estremecido le emoción y que un suspiro hondo agita sus copas, que se balancea y se inclina para besarme, me entrego y abandono. él definitivamente, y mis linfas corren como fecundadas, opiosas y tranquilas, hacia su Fin.

—Yo debía tener un bello morir.—pero al final me han encarcelado, convertido en estercolero y no recibo más que maldiciones.—aún, aún espero verme libre del collar de hierro que aprieta mi garganta, y que por mi lomo se deslizen aquellos bonitos bergantines con sus mascarones de proa y, también, que en mis laderas húmedas el gesto cenáurico de las grúas se levante como un colosal signo de admiración».

Adiós:

Una noche de Otoño fuimos a visitarle.—al despedirnos a voz, llena de ironía, se conmovió en un trémolo profético como si surgiese, ultratúmbica, de una rasgada nube y escuchamos, sonrientes, que nos decía:

«Adiós viejos vascos, altivos y joviales, de perfil aguileño—Adiós mozas alegres y danzarinas—Adiós ¡Oh! bellos y uminosos montes—¡Adiós!—Yo, también, como Urtzi Thor, nuestro antiguo Dios, me vuelvo a mis desiertos helados.—os dejo en paz en vuestra apacibilidad de rizados corderos, en vuestra seguridad de buenos, buenos burgueses—seguid oliendo y bebiendo hasta que vuestro vientre sea como un onel y lanzando las piernas al aire al son del «jazz-band» que más disuene.—pero que no os perturben la imperturbable tranquilidad de vuestro sueño con fantasmas de un nuevo deal, con relámpagos siniestros de Aventuras y con amenazas de posibles descubrimientos en vuestra Alma.—recoged y arropaos con toda esa basura de lo pintoresco y decorativo que aún queda en el País y seguid tranquilos enormemente ranqueos, que Urtzi y con él La Raza se van, ya, para siempre.

—Yo también, yo también pido para mí la manta de iaje que enfunde mis piernas reumáticas, la taza de leche aliente con su copita de ron y las florecitas cordiajes, y para ormirme con sueño profundo este librito de filosofía de ant.

(Y que venga luego el invierno con alguna pulmonía y ailaremos el «can-can»).

—¡Adiós, Adiós!

LEA VD. TODOS LOS DIAS

LA PRENSA

EL DIARIO DE MAYOR INFORMACIÓN DE LA TARDE